

CAPÍTULO II.

LA UNIDAD ÁRABE.

SECCION I. — LA CONQUISTA.

§ I. — La guerra sagrada.

Toda religion fundada en una revelacion divina tiene la ambicion de llegar á ser universal. Los Judíos esperaban un Mesías que extendiese la ley de Moises por todo el mundo; se figuraban á aquel sucesor de David como un soberbio conquistador que habia de dar el imperio de la tierra á la raza de Israel. Mahoma es el Mesías del judaismo. El dogma es idéntico en lo fundamental, pero el islamismo ha despojado al Dios de Moises del carácter nacional que le impedia traspasar los límites de la Judea: el Dios único de Mahoma no conoce límites á su poder, no se detendrá más que donde la tierra misma se detiene.

¿Ha tenido Mahoma desde el principio de su profética carrera el designio de propagar su fe por medio de la guerra? Los católicos reivindicaron para los papas el imperio de la cristiandad desde la cuna del cristianismo; los musulmanes suponen en Mahoma la misma ambicion (1). Estas pretensiones son contrarias á la naturaleza de las cosas, porque trasladan la fuerza de la edad madura á

(1) REINAUD, *Monumentos árabes*, t. I, p. 320.

las mantillas de la infancia. Mahoma pudo concebir la creencia de la unidad de Dios como la única verdadera, como llamada á triunfar sobre las demas religiones; pero de esto á concebir la guerra sagrada contra todos los pueblos hay un abismo. ¿Podia soñar el oscuro refugiado de Medina el éxito prodigioso que esperaba á su fe perseguida y casi aniquilada en su cuna? Mahoma parece no tener en un principio más ambicion que la de ser el profeta de la Arabia, restableciendo entre los descendientes de Ismael el culto del Dios único que profesaba su ascendiente Abraham. Respetó á Moises y á Jesucristo como hombres divinos; hasta parece reconocer que judíos y cristianos pueden salvarse, observando los mandamientos que Dios les ha dado. Si piensa en atraer al islamismo á *los dos pueblos de la Ley*, no es por la fuerza sino por la persuasion, acomodándose á su tradicion y apropiándose la; nacido del mismo origen que los judíos y los cristianos, espera reunir todas las ramas del mismo tronco. Entónces es cuando proclama esta bella máxima: «Nada de violencia en materia religiosa; la verdad se distingue bastante del error» (1).

¿Cómo nació en el alma del profeta la idea de la conquista y de la guerra sagrada? Oigamos la respuesta de un sabio orientalista: «La oposicion que halló en la Meca, y el odio con que le persiguieron los Coraychitas le obligaron á tomar las armas para sostener su fe. La suerte estaba echada; una vez desnuda, no debia volyer á entrar la espada en la vaina» (2). Creemos que la huida á la Meca fué más bien la ocasion que la causa de la guerra sagrada; era inevitable la lucha contra el cristianismo, el judaismo y demas religiones extranjeras. Por lo mismo que Mahoma se creia el apóstol de una ley revelada, superior á la de los judíos y cristianos, no podia consentir el Pentateuco y el Evangelio al lado del Coran. Si el islamismo se propagó por medio de las armas es por que fué predicado á poblaciones guerreras, que debian, como los Germanos, extenderse por toda la tierra para dar un nuevo elemento á la civilizacion. El cristianismo mismo, aquella religion pacífica por

(1) *Coran*, II, 257.—TYCHSEN, *Quatenus Mohammedes alius religiones toleraverit* (*Comment. Societ. Goeting.*, t. XV, p. 154-156).

(2) TYCHSEN, *ib.*, p. 157.

excelencia, ¿no fué conquistador cuando lo abrazaron las razas guerreras del Norte?

Se ha dicho que Mahoma no pensó jamás en extender su fe por toda la tierra (1). Dejaría de ser revelador si, ayudándole el éxito, no hubiese tenido esta elevada ambición. Las famosas embajadas que envió á los príncipes próximos á la Arabia, para inducirles á abrazar el islamismo (2), prueban que los designios del profeta estaban á la altura de su misión. El orgulloso rey de los Persas, al recibir el mensaje de Mahoma exclamó: «¿Se atreve á escribirme así un hombre que es mi esclavo?» Y rasgó la carta. «Que sea desgarrado así su reino, dijo Mahoma.» La imprecación se cumplió. Aquellas pacíficas tentativas, por más que no pudiesen alcanzar su objeto, no dejan de ser un hecho notable. Las embajadas que un oscuro árabe envía á aquellos que se titulan reyes de los reyes, prueban el poder de las convicciones religiosas que animaban á Mahoma, prueban también que el único camino legítimo para propagar una religión es la palabra; el profeta mismo de la espada, antes de acudir á la fuerza, acudió á la persuasión.

Mahoma proclama la guerra sagrada: «Haced la guerra á los que no creen en Dios; hacedles la guerra hasta que se conviertan ó se sometan pagando el tributo» (3). Los cristianos consideran como un crimen en el profeta árabe este llamamiento á las armas contra todas las creencias: el islamismo, dice *Grocio*, no ha sido fundado más que para verter sangre. La verdad es que la sangre desempeña un triste papel en todas las religiones. Judíos y cristianos no han retrocedido nunca ante la fuerza cuando el poder estaba en sus manos; podrían recogerse en nuestros libros sagrados frases más salvajes que la proclamación de Mahoma: «¡Maldito sea el que hace con negligencia la obra del Señor! ¡Maldito sea el que impide á su espada el derramar sangre!» (4). Estas maldiciones de *Jeremías* son invocadas por la *Kabala* para santificar la

(1) WEIL, *Mohammed*.

(2) Mahoma envió embajadas al Rey de los Persas, al Emperador de los Griegos, al gobernador de Egipto, al Rey de Etiopía y á los príncipes gasanidas. (PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. III, 192, 204).

(3) *Coran*, IX, 29; VIII, 40; XLVIII, 16.

(4) *Jeremías*, XLVIII, 30.

guerra contra los infieles (1). Los papas, levantando toda la cristiandad contra los musulmanes, proclamaron una guerra sagrada más sangrienta que la de Mahoma. El profeta árabe no quiere destruir las naciones á quienes combate, ni llevarlas por la fuerza al islamismo; quiere convencerlas, por decirlo así, por medio del espectáculo de la victoria, de la omnipotencia del Dios que anuncia. Los discípulos de Cristo hubieran exterminado con mucho gusto á los enemigos de la Cruz.

No tratamos de acusar á la humanidad cristiana, acusamos á la intolerancia inherente á todo dogma fundado en una revelación milagrosa. «La violencia, dice *San Agustín*, es un crimen cuando se pone al servicio de una mala causa; es un beneficio, aún para aquel que es su víctima, cuando se la emplea en interés de la verdad.» Esta máxima nos explica los funestos extravíos del catolicismo y de todas las religiones reveladas: los que usan de la violencia creen servir á la causa de Dios. Si el islamismo fué menos intolerante que el cristianismo, fué porque su inspiración era menos poderosa: Jesucristo es el Verbo, Hijo de Dios, coeterno con el Padre, al paso que Mahoma no es más que un profeta. Nada más desconsolador para el historiador filósofo, que el espectáculo de la coacción puesta al servicio de una creencia religiosa. Importa darse cuenta del verdadero origen de las persecuciones religiosas y de las guerras de propaganda que ensangrentaron el mundo: la raíz no será destruida más que con el dogma de la verdad absoluta ó revelada. La humanidad no posee, ni poseerá jamás la verdad absoluta; déjese, pues, completa libertad á todos los que la buscan, cualesquiera que sean los caminos que sigan; no está demás el concurso libre y activo de todas las inteligencias para avanzar por la penosa senda del progreso.

§ II.—La conquista.

Se invoca como una prueba de la divinidad del cristianismo la conversión del mundo romano por los humildes apóstoles de Cris-

(1) SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*, secc. VI, p. 520.